

IV

CÓMO RECONOCÍ O CREÍ RECONOCER A LA DAMA VELADA
Y DE LO QUE LUEGO OCURRIÓ

EL resto de la noche se pasó sin ningún otro incidente. Nuestros dos soldados debían haberse acostado y ya no oímos crujir el entarimado bajo los misteriosos pies de nuestros inaprehensibles visitantes nocturnos.

Sin embargo, éranos imposible continuar viviendo de aquella manera; y ahora que tenía la conciencia del deber cumplido y que me había definitivamente explicado con von Treischke, pensé que la mejor solución sería el contar a éste nuestras emociones de aquella noche, exceptuando, claro está, lo referente a la *dama velada*, y pedirle su apoyo para que se nos expidieran tres pasaportes para Holanda, extendidos, respectivamente, a nombre de mi madre, al mío y al de Gertrudis.

Adoptamos la determinación de abandonar el Luxemburgo hasta el fin de la guerra en vista de nuestras zozobras nocturnas.

A las ocho me encaminé al hotel de la Campana de Oro, en donde me dijeron que venía hospedándose el almirante. Al atravesar la plaza del Mercado pude, a costa de grandes dificultades, escapar a la curiosidad y a las preguntas de mis viejos y buenos amigos, que me abrazaban

con demostraciones de la más conmovedora simpatía. «¡Caramba, Carolus! ¡El pequeño Carolus Herbert! ¡Carolus Herbert Renich!» Estoy seguro que aun cuando pase de los sesenta años me seguirán llamando el pequeño Carolus Herbert Renich, y, sin embargo, tengo una estatura superior a la corriente; pero nada se puede hacer contra esas costumbres.

Por fin pude llegar hasta el viejo y solemne hotel de la Campana de Oro, que levanta sus remates y torrecillas saliedizas sobre la plaza de las Dos Fuentes, en donde está el mercado de pescado. También allí fui interpelado por las pescaderas, que, como todos saben, no tienen la lengua en el bolsillo; pero me hice el sordo y penetré en el pórtico de la Campana de Oro.

Allí me dijeron que el almirante se había marchado la noche anterior, trasladándose más arriba de la alhóndiga, transformada en cuartel.

—Bien, bien—pensé—; el almirante adopta precauciones. Hace bien—y sentí una grande e íntima satisfacción al ver que mis esfuerzos no habían sido vanos, y si el tal von Treischke seguía ocultándose así, la suerte de Amalia no era desesperada. En todos los momentos difíciles no se necesita, en la mayor parte de los casos, más que ganar tiempo.

Muy contento, pues, de mí mismo, tomé el camino de la alhóndiga; pero para llegar a ella debía pasar por la calle de la Trompeta, y he aquí que en la mitad de la calle me encuentro con el viejo Peter, que abrió los brazos, yendo a encerrar entre ellos al pequeño Carolus Herbert.

Aquel hombre había conocido mucho a mi padre y yo había pasado momentos inolvidables en su almacén de antigüedades. Vendía también pieles, unas pieles muy hermosas que recibía de Rotterdam, y paraguas. El viejo Peter tenía un semblante parecido al del Dios que nos pintan adornado de una venerable barba blanca sobre la que hubiera recibido un rayito de sol a través de una botella de vino de

Moselle. Iba siempre cubierto de una especie de flotante y obscura tela, como la que a veces llevan los fotógrafos.

¡Aquel sí que era un patriota! ¡Bueno y excelente Peter! Un hombre como aquél no hubiera jamás consentido que nuestras murallas se transformaran en tapias de corral ni las doradas cruces de nuestras iglesias en estacas del mismo para que a ellas se subiera el águila prusiana.

La tienda de pieles y paraguas daba a la calle de la Trompeta; pero mi preferida era la trastienda. ¡Cuántas veces, siendo yo niño, penetré en ella para contemplar los más extraordinarios objetos, acerca de los cuales me contaba el buen Peter historias más extraordinarias aún!

Había allí cachivaches de pasados tiempos íntimamente relacionados con la historia del país: máscaras de hierro destinadas a los embusteros, un yugo de madera pintado de encarnado, al que ataban a los esposos pendencieros; trenzas de paje y una gorguera de cartón, guarnecida de cascabeles, que ponían a las solteras cuya conducta no había sido del todo honesta, y una argolla reservada a los borrachos.

Pero lo que más me divertía era la jaula en donde encerraban a los panaderos que suministraban el pan falto de peso, sumergiéndoles luego en el río.

Fué necesario seguir al viejo Peter a la trastienda. Por mi parte no opuse mucha resistencia. Quizá hubiera obrado mejor siguiendo mi camino, y de esta forma me hubiera probablemente evitado la nueva serie de horribles desgracias en que iba a penetrar; pero me estrechaba el brazo con tanta fuerza y cariño, y gritaba tan fuerte en la calle: «¡Carámbano! ¿Qué opinas de nuestros marranos, pequeño Carolus? ¿Qué opinas de nuestros cerdos?... ¡Carámbano!» Sabía a qué cerdos se refería; no podía prestarse a dudas cuando se conocía al bueno de Peter; así es que me refugué prudentemente en la trastienda.

Colocado en una alacena había siempre un hermoso frasco lleno de un dorado líquido, y mientras que el viejo

Peter llenaba dos vasos y me repetía: «¿Qué opinas de nuestros cerdos, pequeño Carolus?», contemplaba yo con ojos enternecidos la jaula en donde en otros tiempos encerraban a los panaderos. ¡Seguía allí, como también el yugo para los esposos pendencieros! El viejo Peter no vendía nunca nada en su trastienda. Habíanle ofrecido sumas respetables; pero en el momento de cerrar el trato y cuando ya el comprador se disponía a llevarse el vejestorio, Peter deshacía el trato y le ponía de patitas en la calle con sus escudos.

—Tu padre ha hecho bien en morir—comenzó el viejo Peter después de beber el primer vaso.

Pero no acabó de expresar su pensamiento, que, por otra parte, había yo adivinado, pues se abrió la puerta de la tienda, dejando oír su viejo y cascado timbre, penetrando dos mujeres.

Reconocí a la *dama velada* y a su criada.

Nunca olvidaré aquella entrada. Estaba yo apoyado en el yugo en el que sujetaban a los esposos pendencieros, y mi mano derecha sostenía un vaso lleno de vino del Mosella. La emoción hizo que se me derramase el dorado líquido, lo que me valió un gruñido reprobador del viejo Peter.

Pero ya éste había salido a la tienda, cerrando tras sí la puerta que comunicaba con el almacén de antigüedades, «el museo», como le denominaban en la ciudad para agradecer al viejo Peter.

La puerta era de cristales, y los visillos que a la flamenca la adornaban no estaban tan corridos para impedirme ver lo que en la tienda pasaba. La *dama velada* habíase sentado con la mayor tranquilidad. Iba vestida con un vestido negro, sencillo, pero elegante, cubierta con un manto de grueso paño, pero de corte impecable. El velo que cubría herméticamente su rostro era espesísimo, y supuse que debía ser doble.

Al levantarlo un poco pude distinguir perfectamente la

boca, que era pequeña, y cuyos labios, ligeramente remanados, revelaban juventud. Desgraciadamente, su palidez no atestiguaba buena salud.

Lo sorprendente era que la impresión tenida la noche precedente no se reproducía, y, sin embargo, aquella mujer estaba ahora cerca de mí y acababa de verla andar y moverse. Si realmente conociera a aquella mujer, su aspecto y sus gestos, al mismo tiempo que su silueta, tan próxima, me hubieran ayudado a penetrar el misterio.

Habló y me pareció que oía aquella voz por primera vez en mi vida.

Aquello me persuadió de que me había equivocado. No conocía a aquella mujer; de lo contrario, mi memoria la habría dado un nombre, a pesar del velo...

Y sin embargo, a pesar de todo, había en mí un fondo de emoción que iba creciendo, una fiebre inexplicable que me ligaba a aquella imagen desconocida, como si un lazo potente me obligara a no desviarme de ella.

Tan pronto con una mano, tan pronto con la otra, iba señalando las pieles. El viejo Peter las extendía sobre el mostrador y hacía el artículo: ésta venía directamente de la feria de Nijni-Novgorod; tal otra había pasado por la de Leipzig. La dama de compañía, que permanecía de pie, ayudaba a Peter en la exhibición de los artículos. La *dama velada* lo miraba todo; pero no tocaba nada.

Finalmente, el viejo Peter anunció que un pariente suyo de Rotterdam le trajo el año anterior un lote de pieles adquiridas en el Monte de Piedad de Petrogrado, y sacó de un armario un abrigo de bisonte de Canadá y una toca de la misma piel. Eran dos hermosos artículos; pero me sorprendió que la *dama velada* se detuviera en aquellos artículos ya usados. Sin embargo, así fué.

Quiso probarse la toca y tuvo un corto conciliábulo con la dama de compañía. Para probar la toca era necesario quitarse el sombrero y los velos, y yo contaba con ello. La curiosidad hizo que mi rostro se pegara a los vidrios y tuve

el tiempo estrictamente necesario para retroceder al ver que la *dama velada* se ponía de pie y que todos se dirigían hacia la trastienda.

Peter me rogó que saliera a la tienda. Adoptando el aire más indiferente, me las arreglé de forma que desde ella pude ver perfectamente de cerca aquel rostro que no pude distinguir bien de noche y lejos y que tanto me había preocupado. Pero inmediatamente tuve que apoyarme en el mostrador para no caer: ¡tan inesperado era el golpe que acababa de recibir!

Ahora me explicaba cómo no pude reconocer a aquella mujer ni por su voz ni por sus gestos: ¡como que jamás la vi más que en pintura! ¿Era posible? ¡Santo Dios! ¿Era posible? ¡Pero si el mundo entero la creía muerta! ¡Y alguien conocía yo que la lloraba en el fondo de los abismos submarinos y que por vengar su muerte removía cielo, tierra y agua!

Jadeante, sofocado, me volví a inclinar para verla de nuevo; pero, ¡ay!, ya su noble y bella cabeza habíase ocultado bajo el espeso velo... ¿Qué podía importarme, ya que tenía la seguridad de que era ella? Aquel hermoso semblante érame familiar... ¡Lo había visto tantas veces en los periódicos ilustrados antes de contemplarlo, por mi desgracia irreparable, en el ábside de la capillita del buque maldito!

Cuando aquella mujer pasó por mi lado me fué imposible, materialmente imposible, el dejar de pronunciar en voz baja... (Peter y la criada estaban en la trastienda discutiendo el precio), de no decirle en voz baja, pero muy clara, su nombre, su nombre americano, conocido en todo el universo por pertenecer al primer filántropo del mundo: «Mrs. G...»

Hizo un brusco movimiento y fuí testigo de la agitación de todo su ser. Pero cuál no fué mi estupor al ver que me contemplaba con sin igual altivez y señalarme a su criada, que ya me miraba con unos ojos terribles, y decirle (¡con qué tono!):

—¡Pregunte a ese señor lo que desea; yo no le conozco!
—Este señor es un perfecto caballero— contestó en seguida el viejo Peter, un buen amigo mío desde que estaba en mantillas—, y le aseguro a usted que es incapaz de conducirse incorrectamente con las damas.

Pero ya la *dama velada* y su criada estaban en la calle y se alejaban sin contestar a los saludos, a las gracias y a las protestas de abnegación comercial del viejo Peter.

Este cerró la puerta de la tienda y se volvió hacia mí.

—¿Qué ha pasado?— preguntó; pues, como es natural, no había comprendido nada de aquella escena; sin contar que estaba tan intensamente pálido, que se inquietó seriamente.

—¡Pasa que acabo de reconocer en esa dama a la mujer del gran filántropo americano G...!

—¡Mrs. G...! ¡Estás loco, pequeño! Sabes tan bien como yo que ha muerto. Le ocurrió un accidente con los bárbaros, después de la ejecución de miss Campbell... Todo esto es conocido, archiconocido. El asunto levantó una polvareda enorme en América y en el mundo entero. Parece ser que se mezcló en cosas sublimes, que nada le importaban, con algunas compañeras, y siempre ocurren desgracias. También esto es archiconocido, cuando se pone uno de parte de los mártires contra los cerdos...

Decididamente, le había tomado cariño al adjetivo, y esto no debía reservarle nada bueno al viejo Peter.

De más en más emocionado, reanudé:

—Cuando le dije el nombre al pasar, juro que recibí un choque, pues tembló de pies a cabeza. ¡Te digo que es ella! La cara es la misma. La he visto a través de los cristales, cuando retiró el velo. ¡Dios mío! Si es ella nada se ha perdido; y debemos regocijarnos, viejo Peter, pues esto arreglaría muchas cosas.

—¡Y por eso estás tan pálido! ¡Qué niño! Eso arreglaría sobre todo a *esos señores* (en Renich se llama también a los cerdos «esos señores», antigua locución de salchiche-

ria), a *esos señores* que siempre han contestado no tener nada que reprocharse en la desaparición de esa ilustre amiga de miss Campbell, afirmando que los relatos de torturas y ultrajes habían sido inventados por completo por los adversarios de la «kultur».

—Evidentemente, ésa sería una magnífica prueba— contesté, impresionado por la seguridad de aquel razonamiento tan sencillo.

—¡Tú lo has dicho, pequeño! No tendrían más que mostrar a esa hermosa mujer, la que no dejarás de confesar que no tiene el aspecto de haber sido despedazada, para hacer callar a las malas lenguas. ¡Qué ocasión de triunfar para *esos señores*! Ciertamente la *dama velada* ha intrigado a todo el mundo aquí; pero nadie hasta ahora había inventado una historia tan interesante como la tuya... Por otra parte, si fuera quien tú piensas, no tendría más que decirlo, pues no es muda... Y si fuera molestada podría acudir a su cónsul, pues no está encerrada. Sale cuando y como quiere con su vieja criada, y dos letras bien pronto se echan al correo... Todo eso, pues, no son más que sueños de un niño extralúcido y romántico, muy propios de tu temperamento, pequeño Herbert; pero repítete mi razonamiento y curarás de tu alucinación... La *dama velada* es dueña de ir y venir, de sus gestos y de su voz. Una simple palabra «escrita» o dejada caer de sus pálidos labios, bastaría para que toda Francia, pues es francesa de nacimiento, y toda América, puesto que se ha hecho americana, se levantaran en su defensa, sin contar el resto del mundo... ¿Estás convencido?

Casi lo estaba, pues todo lo que me decía era de sentido común. Sin embargo, le contesté:

—Todo eso está muy bien, pero no impide que al decirle su nombre se estremeciera como bajo el efecto de una corriente eléctrica.

—¡Ilusión!... porque contabas con ese estremecimiento... Esperabas sorprenderla y la has sorprendido, en efecto. No

esperaba encontrarte ahí; de repente surge una sombra de debajo del mostrador que, acercándose a ella, le dice en voz baja no importa qué... ¡Una mujer más nerviosa hubiera gritado; ella se ha contentado con ponerte en tu lugar!... Y ahora, si gustas, vamos a vaciar el frasco...

No tuvimos tiempo, pues penetró un *feldwebel* en la tienda que, sin conocerme, se dirigió hacia mí y me dijo que tenía orden de conducirme ante el almirante von Treischke, quien tenía que comunicarme algo muy urgente.

Seguí inmediatamente al militar, y al llegar al umbral de la puerta y ver que llovía, el viejo Peter me prestó uno de sus viejos paraguas, que he conservado como un piadoso recuerdo de aquel hombre excelente, a quien no debía volver a ver.

V

EN DONDE ME DOY CUENTA DE QUE MIS TRIBULACIONES
NO HAN TERMINADO

EN el camino, y como el *feldwebel* no contestaba a mis preguntas, me puse a reflexionar en todo lo que me había dicho el viejo Peter, llegando a la conclusión de que debía tener razón. Había sido engañado por un parecido (y nada más probable, puesto que mi idea sólo se basaba en un dibujo, en una pintura, en algo, en suma, muy aleatorio), como también pude ser impresionado por la visita que el almirante había hecho a la *dama velada*. Yo había mezclado estúpidamente todo aquello en mi cerebro, puesto que, con toda evidencia, si aquella dama fuera realmente Mrs. G..., el almirante von Treischke se hubiera considerado muy feliz al cambiarla por su propia mujer e hijos. Es indudable que ningún canje de prisioneros hubiera sido mejor acogido por ambas partes y producido con toda seguridad más gratos resultados...

Aquí llegaba en mis razonamientos cuando llegamos a la alhóndiga habilitada en cuartel, siendo inmediatamente introducido ante el almirante.

Se hallaba solo, sentado ante su mesa de despacho, en una vasta sala cuyas puertas estaban custodiadas por una numerosa guardia. Observé en su rostro una severidad

singular, lo que me extrañó, después de las explicaciones de la vispera.

El tirano de Flandes, el azote del mar, no se dignó ofrecerme asiento y se puso a interrumpirme como un juez a un acusado. Sus primeras palabras me causaron estupefacción.

—Según parece, caballero, ha insultado usted groseramente a una dama muy honorable, con la que se ha encontrado usted en una tienda de la ciudad.

—¡Yo!—exclamé enrojeciéndome, de tal suerte me sorprendió el exabrupto—. ¿Quién ha podido contarle semejante mentira?

—Ella misma, caballero, que acaba de salir de aquí, donde ha venido a quejarse.

—¿Y de qué se ha quejado?

—De su atrevimiento al dirigirme la palabra sin que le haya sido usted presentado nunca, caballero. ¿Cree usted que ese hecho sea de un muchacho bien educado?

—Quizá haya faltado al buen parecer—contesté bastante embarazado, pues tenía la intuición de que me metía en un asunto de los más graves y comprometedores—; pero hay mucha diferencia entre una simple falta de mundana civilidad y un grosero insulto.

—No hago más que repetir los términos por ella empleados, mi querido señor Herbert... ¿Qué es, pues, lo que usted ha dicho a esa muy honorable dama?

¿Adónde quería ir?... ¿Adónde?... ¿Le habría dicho ella, o le habrían repetido otros, las palabras tan espontáneamente salidas de mi boca? Después de todo, ¿qué podía yo arriesgar confesando la verdad? ¡Ojalá que mi ilusión fuera una realidad para todos, y en particular para el almirante!... Me decidí, pues, a decir la verdad:

—Figúrese usted, almirante, que he sido engañado por un parecido, parecido increíble, semejanza que había regocijado mi corazón, pues podía implicar el fin de las más terribles calamidades, la conclusión de todas las angustias

provocadas por la locura del capitán en cuestión... ¡Qué alivio para todos!...

—¡Siga!... ¡Siga usted!...—dijo el almirante, impacientado.

—¡Pues bien! He creído reconocer en cierta «dama velada»—va usted a comprenderlo todo, almirante— ¡a la misma mujer del capitán Hyx! ¡Y fué tal mi alegría, que no pude contener el impulso de llamar a aquella dama por el nombre que yo creía era el suyo!

—¡Qué extravagancia!

Siguió mirándome con fijeza, sin decir palabra, con su crispada sonrisa (su sonrisa de bigotes de tigre), y tuve que volver la cabeza, de más en más cohibido. De pronto, me puse a hablar, como si hubiese resuelto informarle de cosas realmente serias y mucho más urgentes que aquellas historias de la dama velada, contándole lo que había pasado aquella misma noche en nuestra casa, luego de haberse marchado: la visita de las sombras desconocidas, su brutalidad con los dos soldados de guardia, y le hice presente el deseo de mi buena madre y mío de marcharnos a Holanda.

Continuó mirándome en silencio, con su invariable sonrisa.

—¿No cree usted que aquella agresión iba dirigida contra mí? ¿No serían aquellas sombras las de vuestros hombres?—me preguntó al fin.

—¡Son capaces de todo, almirante! Y si supieran que se hallaba usted aquí, le repito que todas las precauciones que adopte serán pocas...

—En resumen, su opinión es que los aires de Renich no nos prueban a ninguno de los dos, ¿no es eso? ¡Pues bien! ¡Vamos a cambiar!

A continuación tocó un timbre y apareció el oficial que me había conducido en auto desde Zeebrugge a Renich.

—¡Fritz!—le dijo—, nos marchamos; dentro de una hora que todo esté listo... Le confío al señor. ¡Usted me responde de su persona! Preferiría perder un brazo que el placer de su compañía.

—¡Por lo menos me permitirá usted que prevenga a mi madre!—exclamé...

—Le advertirá a su madre, caballero. ¡No somos tan bárbaros!

Fritz me llevó a un reducido gabinete de trabajo y me hizo sentar ante una mesa sobre la que había varias hojas de papel blanco, tintas de diversos colores, tiralíneas, compases y lápices de todas clases.

—El *herr* almirante—me explicó Fritz—desea que se ponga usted al trabajo sin perder minuto. Como usted comprenderá, urge que nos dé usted a conocer, por medio de planos precisos, las dimensiones, construcción y todos los misterios de ese maldito buque en el que ha penetrado usted, y que desde hace varios meses tanto que hacer nos da...

Mientras me decía esto con un tonillo tranquilo, le miraba a mis anchas. Inclínaba sobre la mesa su rostro precioso y fresco. Era un jovencito realmente seductor. De repente, me estremecí al descubrir una gran cicatriz que, partiendo de su carrillo izquierdo, pasaba por el cuello, muy cerca de la arteria, y desaparecía bajo el cuello postizo. Debía haber recibido un buen golpe. ¿Sablazo? ¿Cuchillada? ¿*Tijeretazo*?... ¡Ah! se llamaba Fritz, era el hombre de confianza de von Treischke y tenía una tal cicatriz... ¡*carámbano!* (como decía el viejo Peter), ¡aquél no podía ser otro que el resucitado del asunto de Vigo, el enamorado de Dolores, el rival de Gabriel!

¡Caray! Esta vez me decidí a callar discretamente mi descubrimiento.

Me puse a trabajar con la mayor voluntad, trazando un plan sumario del *Vengador*, dando indicaciones y cifras lo más precisas posible. Cuando regresó Fritz a por mí y vió mi trabajo, no pareció descontento. Enrolló mis papeles y me rogó que le siguiera. Ambos salimos a la calle, y allí vi el género de auto que nos habían destinado. Era, ni más ni menos, un auto blindado.

—Haremos el trayecto en auto blindado—me dijo Fritz—, pues nos han señalado una expedición de aviones de bombardeo enemigo que se dirigen contra nuestras reservas de Lieja y Namur y nos vemos obligados a pasar por estos puntos...

¡Encantadora mañana! (como dicen los franceses).

En el interior de aquella fortaleza animada encontré al almirante, que me saludó con un cabezazo y me dijo que tendríamos un tiempo magnífico durante el viaje. La dotación del auto la componían, además, los mecánicos, los artilleros, Fritz y dos oficiales de marina. Nos seguían tres automóviles más, no blindados, pero que estaban armados de una ametralladora y llenos de soldados. ¡Vamos, vamos! El von Treischke tardaría aún en ir a pudrirse en las mazmorras del capitán Hyx, pues el Terror de Flandes no es un imprudente cualquiera.

Tomé asiento encima de mi maleta, entre las piernas de Fritz. Von Treischke examinaba mis dibujos. De vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba con sorpresa. Indudablemente, estaba estupefacto de mis cifras, que revelaban la excepcional potencia del *Vengador*.

—¿No ha exagerado usted nada?—me preguntó.

—Estoy, por el contrario, seguro de haberme quedado corto... Le repito que haría muy bien tratando con esas gentes...

Debí haber dicho una enormidad, pues Fritz me consideró con un espanto poco tranquilizador. En cuanto al almirante, se sonrió tan lúgubramente, que se me helaron las venas.

—¡Es probable!...—gruñó.

No llegamos al término del viaje hasta la noche siguiente y después de muchas vueltas. Estaba molido de fatiga y me disponía a rogar que me concedieran algún reposo, cuando oí la voz del almirante que me anunciaba: «*que tenía un cuarto de hora para prepararme a comparecer ante el consejo de guerra*».

Me quedé anonadado...

VI

EL CONSEJO DE GUERRA

ERAN las dos de la madrugada cuando fui introducido en una vasta sala de la prisión en la que pasé algunos instantes de insoportable ansiedad en mi primera visita a Zeebrugge.

En aquella siniestra habitación estaba acompañado por el mofletudo teniente de navío Fritz, que mascaba incesantemente bolas de goma. No se había separado de mí ni un segundo. Fué inútil que le hiciera algunas preguntas, pues simuló no oírlas.

En el fondo, tres lámparas con pantallas verdes proyectaban tres pequeños círculos de luz sobre el tapete de una larga mesa cubierta de legajos. Adosados al muro había varios sillones altos, y alrededor de todo esto, tinieblas... tinieblas.

Se abrió la puerta, dando paso a tres hombres, sólo tres; ni uno más, ni uno menos; ¡pero qué hombres aquéllos! No lo supe hasta que se situaron bajo los círculos de luz.

¡No, no era aquello un consejo de guerra ordinario! ¡Ningún aparato, ningún ruido de sable al arrastrarse por el suelo, ni un guardia, ni un centinela, ni un oído de más!

Tan sólo el Fritz, con sus bolas de goma en la boca y el revólver al cinto... ¡y aquellos tres en el fondo!...

El que estaba en el centro era ni más ni menos que el príncipe Enrique de Hohenzollern, el gran jefe de la flota, el gran maestro de todos los cañones del mar; el que estaba a su derecha era Tirpitz en persona, el glorioso y horrible Tirpitz, el hombre del crimen submarino, como el capitán Hyx lo era de la venganza... Inútil será decir que el que estaba a la izquierda del príncipe Enrique se llamaba von Treischke.

Temible trinidad, monstruo de tres cabezas, que no tendría dificultad alguna para devorar a vuestro servidor. ¡Mártir del Gólgota! Cuando el príncipe me ordenó avanzar, me sentía medio digerido ya...

El amable Fritz me ayudó a arrastrar mi floja materia: «¡Aproxímese, aproxímese más!...» — me dijo, hasta que me hallé al lado de la mesa.

—Va usted a repetírnos todo lo que usted ha dicho al almirante von Treischke—ordenó el príncipe—. Seréense: ningún daño le haremos, a menos que no conteste usted según nuestros deseos.

¡Contestar según sus deseos!; ¡no pediré otra cosa!; pero ¿sabe uno nunca cuándo se le da gusto a tales animales?

Empecé mi relato; estaba helado, pues me parecía estar hablando a tres bloques de hielo. No se me interrumpió durante la hora que estuve hablando. Al terminar, se pusieron de pie y desaparecieron por espacio de quince minutos, transcurridos los cuales aparecieron de nuevo, con mis planos en la mano, viéndome obligado a darles algunas indicaciones aclaratorias. Hicieronme, en particular, apremiantes preguntas relativas al cuarto de las máquinas, oyéndome con el mayor interés cuando les hablé de mi hipótesis de *electricidad reconstituida*.

En lo que respectaba a la suerte reservada a sus desgraciados compatriotas encerrados en el vestíbulo de la

30432

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO TRAYES"
16do. 1625 MONTERREY, MEXICO

tortura, me pareció observar que no se preocupaban gran cosa. Volvieron a salir de nuevo, regresando esta vez al cabo de media hora. Sus semblantes manifestaban la mayor gravedad.

—¿Después de Madera, hicieron escala en algún otro punto?— me preguntó el príncipe.

—Sí, alteza—contesté, esforzándome en disimular mi intensa emoción—. *He sabido* que el *Vengador* se había detenido en las costas españolas...

—¿Dónde?

—Exactamente no podría decirlo... sería una imprudencia de mi parte el afirmarlo... Unos han hablado de Cádiz...

—¿Y otros?

—Otros han hablado de Vigo.

Enorme, inmenso, prodigioso silencio, que rompió la seca voz del príncipe.

—La pregunta que voy a hacerle es para usted de vida o muerte, *amigo mío*. Si usted me miente, lo sabremos en seguida... ¿Comprendido? ¿Ha comprendido?

No le contesté; esperaba las preguntas. No me atrevía a respirar. ¡Cuestión de vida o muerte! Jamás me hallé en presencia de tal cosa. El príncipe se decidió:

—Ha sabido usted que han hecho escala en Vigo. ¿Sabe usted si el capitán Hyx bajó a tierra?

—Creo—contesté apoyándome en la mesa—, creo que el capitán desembarcó en una isla.

—¡Ah! Y esa isla, ¿no será una de las islas *Cies*?

—Aunque a bordo nunca oí hablar de esas islas, creo la cosa muy posible, pues he buscado un atlas de la costa Oeste española, y no he hallado otras frente a la bahía de Vigo.

Pero ya no me escuchaban, pues se habían puesto de pie por tercera vez, y les decía el príncipe:

—¡Les aseguro que es nuestro hombre!

Y la puerta se cerró, no tan pronto, sin embargo, que no pudiera oír estas frases dichas con rabioso acento:

—¡Si el Hombre de Cies y el capitán Hyx son la misma persona, jamás se lo perdonará Su Majestad a Norteamérica!

Esta vez les esperé una hora; una hora interminable; nunca me pareció tan larga una hora de sesenta minutos!

Por su manera de entrar comprendí que lo que hasta entonces había pasado no tenía importancia alguna comparado con lo que *esos señores* me traían. Me traían... otra pregunta de vida o muerte; ya me lo advirtieron. El príncipe Enrique, antes de hacerme aquella nueva pregunta de vida o muerte, me advirtió, tuvo la bondad de advertirme, que si por una casualidad escapaba a los peligros que me hacían correr todas aquellas preguntitas, me bastaría decir una palabra de lo que allí había pasado, o *revelar una cifra*, para que me incapacitaran definitivamente para decir nada en lo sucesivo.

¡Ah!, ya adivinaba yo la pregunta... me susurraba en los oídos.

Estas amenazas me recordaban demasiado la de allá para que no me preparara por adelantado a recibir el golpe con que querían aturdirme. ¡Cuidado! ¡Cuidado! Mucha sangre fría! ¡Se trata de mentir mirándoles a la cara! Cuestión de vida o muerte! ¡Si digo la verdad, soy hombre muerto!

La cabeza del príncipe se deslizó bajo la lámpara, y mirándome de cerca, de muy cerca, me preguntó con voz sorda:

—¿Qué dicen a bordo del «Vengador» de la cota seis metros ochenta y cinco?

—¡Nunca oí hablar de eso! ¡No sé lo que Su Alteza quiere decir!

¡Que Dios y la Virgen me perdonen; pero nunca salió de mi boca una verdad con una sinceridad tan grande como aquella enorme mentira!

Tenía la certeza absoluta de que si no hubiera contesta-

do con aquel cinismo desvergonzado, Su Alteza (que tenía metida la mano en el bolsillo derecho de su americana) me hubiese saltado la tapa de los sesos con la mayor tranquilidad. ¡Había leído en sus ojos, fijos en mí, que *era preciso no saber nada de la batalla Invisible!*...

VII

COME Y BEBE, PERO PIENSA EN DIOS

DESPUÉS de esto, y a un signo del príncipe, mi guardián me condujo a la celda. Quise interrogar a Fritz para conocer sus impresiones, pero me contestó que en una materia tan delicada era difícil opinar, y dándome las buenas noches se retiró.

Como es natural, me fué imposible conciliar el sueño. Esperaba no haber estado del todo torpe.

Serían las diez de la mañana cuando regresó Fritz, quien sin decir palabra me puso una venda en los ojos. ¡Santo Dios! ¿Iban a conducirme al pelotón de ejecución? Esta idea me sorprendió tan ruda y desagradablemente que mis piernas flaquearon, lo que visto por Fritz y pensando quizá que se vería obligado a cargar conmigo, se dignó tranquilizarme.

—Están muy contentos de usted, señor Herbert—me dijo—, y en adelante será usted tratado como el más precioso de los amigos. ¡El *herr* almirante no puede pasar sin usted y vamos a reunirnos con él!

De lo que resultó otro paseo en cierto *auto* cerrado como una prisión con ruedas, en compañía de Fritz, un canasto de embutidos y media docena de botellas de champaña. ¡En aquel cuchitril comíamos, fumábamos y dormíamos!